



KONVERGENCIAS

FILOSOFÍA Y CULTURAS EN DIÁLOGO

EDICIÓN OCTUBRE 2019

NÚMERO 29
ISSN 1669-9092

EL DEPORTE COMO EXPERIENCIA ESTÉTICA

José Antonio Arvizu Valencia (México)¹

Resumen

Una estética del deporte se hallará con problemas. El asunto de entrada representa un conflicto disciplinar que no es sólo de competencia deportiva ni estética sino hasta ética y religiosa, ya que se instala desde el mismo inicio de las prácticas y los entrenamientos en el atleta hasta llegar a configurar los patrones que fraguan al aficionado asistente al programa. El deporte supone ejercicio, ese actuar hacia fuera que dinamiza nuestra existencia y que pende de una capacidad de liberación de índole espiritual como disciplina y logro de una virtud. Los esfuerzos de quien

1 Dr. José Antonio Arvizu Valencia. Universidad Autónoma de Querétaro. Licenciado en filosofía por la UNIVA. Maestro en Arte moderno y contemporáneo por la UAQ. Doctor en Artes por la UG. Profesor-investigador de la Facultad de Filosofía de la UAQ. Profesor en las Facultades de Ingeniería, Bellas Artes y Filosofía de la UAQ, en licenciaturas, maestrías y doctorados. Ponente y conferencista en foros, coloquios, simposios, seminarios y congresos locales, nacionales e internacionales de cine, arte, arquitectura y filosofía. Colaborador de cuerpos académicos de artes y filosofía. Fundador de las licenciaturas en gastronomía y gestión del turismo cultural y natural de la UAQ.

se ejercita constituyen una suerte de ofrenda, un homenaje y un adiestramiento expiatorio cuando el sometimiento a los respectivos trabajos lo ponen, al deportista, en condiciones de abnegación, pero también en circunstancias de inspiración. Lo que se propone, pues, en este escrito, es una reflexión sobre el deporte como experiencia estética.

Palabras clave: Deporte, estética, atleta, competencia.

Abstract

A sport aesthetic will encounter problems. The entry issue represents a disciplinary conflict that is not only of sporting or aesthetic competence but even ethical and religious, since it is installed from the very beginning of the practices and training in the athlete until they get to configure the patterns that set the fan program assistant Sport involves exercise, that acting out that energizes our existence and that hangs on a capacity for liberation of a spiritual nature as a discipline and achievement of a virtue. The efforts of those who exercise are a kind of offering, a tribute and an expiatory training when the submission to the respective jobs put the athlete, in conditions of self-denial, but also in circumstances of inspiration. What is proposed, then, in this paper, is a reflection on sport as an aesthetic experience.

Key words: Sport, Aesthetics, Athlete, Competition.

Las calidades diversas que nos representan los acontecimientos deportivos, tanto en la perspectiva del aprecio como desde la asunción por quien lo practica, las hemos asimilado a las circunstancias de una vida casi irreal en los tiempos modernos.

Pero ha ido también variando hacia una creciente cultural el *status* de nuestro mundo que, como derredor cercano o distante, se configura cada vez más estetizado, es decir, lo vemos intervenido a favor de nuestro gusto y de nuestras expectativas.

Así, mientras parece decrecer nuestra posibilidad de experimentar a la naturaleza sin alteración, a su vez parece prosperar un sentido de irrealidad en lo que valoramos; en esto, al deporte le sobreviene un par de fuerzas en flujo contrario: al tiempo que es corporalmente concreto simboliza aspiraciones de elevación no meramente físicas.

Acaso que nunca fue al más rápido, ni al más alto, ni al más fuerte (*citius, altius, fortius*: frase acuñada por el padre dominico Henri Didon (1840-1900), director del colegio *Albert le Grand*, de 1880 a 1900; su amigo, el barón Pierre de Coubertin, pedirá su autorización para convertir la máxima, conferida al equipo deportivo del liceo de Arcueil, París, en la divisa de los Juegos Olímpicos por él refundados); nunca fue, pues, al más rápido, ni al más alto, ni al más fuerte a quienes se les reconoció y recuerda; sino a aquellos que supieron articular su talento en un desempeño digno del aplauso público. En términos estéticos, no gana el triunfador de un certamen sino quien provee de experiencias de gran aliento y, más aun, los que estuvieran allí para atestarlas como aficionados.

Es cierto el origen bélico-militar del deporte en occidente, es correcto reconocer el bagaje mítico-religioso de sus fundamentos, pero no es menos relevante advertir el timbre de gloria atlética depositado en una tradición de aprecio que traspasó la actividad de la competencia -y del ejercicio- con los arrimos de una épica lucha, un dramático *sprint*, una técnica llena de lirismo, una trágica derrota o, inclusive, un cómico *dribbling*.

Esto es, en nuestra comparecencia al estadio o a cualquier escenario deportivo, también nos llevamos elementos para nuestro discernimiento estético. Estos serán los que figuren expectativas de fuero interno y hasta de desempeño social y ello precisamente porque el deporte también genera convicciones que solventan una comprensión de las tramas en que vivimos y, por otro lado, porque constituye un adelanto del mundo que queremos. El atleta es capaz de suscitar impresiones de vida que sobrepujan los límites del mero goce y llevarnos hasta a tomar como una interpelación personal sus logros y desenlaces. Es sabido, y hasta deseable, que en la mente de cualquier ejecutante de algún despliegue deportivo tenga a su estrella atlética alentándole, así para acometer proezas efímeras como patéticos desfiguros.

Pero una estética del deporte también se hallará con algunos de los problemas para los que no siempre se han preparado tanto el *villamelón* como tampoco el jugador del más alto rendimiento: el que quisiéramos tipificar ahora es el del ídolo deportivo y sus secuelas.

El asunto, que de entrada representa un conflicto disciplinar que no es sólo de competencia deportiva ni estética sino hasta ética y religiosa, se instala desde el mismo inicio de las prácticas y los entrenamientos en el atleta hasta llegar a configurar los patrones que fraguan al aficionado asistente al programa; y esto porque ambos proyectarán un tipo idóneo de deporte –el *competitivo*- y un tipo idóneo de deportista –el *triunfador*-. Así, cualquiera que sea el evento, nos distraerá de muchas incidencias tan estrecha expectativa; por demás triste y, si se insiste, hasta ingrata. No resultará justa ni para el público que coreará a sus favoritos (porque el saldo de la justa con frecuencia despilfarrará posibles percepciones) ni para el participante (porque nada le obliga a ganar sino por lo menos a hacer su mejor esfuerzo).

En una semántica sin complicaciones, al ídolo deportivo le corresponde no cualquier aficionado sino específicamente el *fan*; éste porque es quien idolatra o bien apoya apasionadamente a su *estrella*, aquel porque es quien responde a una especie de grey de incondicionales.

No nos interesa, para los fines de esta presentación, el juicio psicopatológico del caso (porque antes tendríamos que considerar el estudio de las bondades de la fuerza emocional, la sensibilidad en prenda y las repercusiones íntimas que nos hacen ser partidarios de éste y no de este otro, todas aun en estado incipiente); pero sí la reconsideración del ámbito de significaciones que están, literalmente, en juego.

Al deporte como juego le hacen toda suerte de formas dinámicas (no reductibles al cuerpo) toda suerte de intenciones y acometidas (no reductibles a mecanismo alguno) y toda suerte de desahogos y asunciones –así en el ínterin personal como en el desafuero de una porra- (no reductibles a taquilla o sueldo o *rankin*). El reconocimiento y hasta el asombro que desatan los atletas, demarcan también **cánones** en ciertos aspectos de la civilización (en la semántica estética, de **orden plástico, conceptual, gestual, en intensidad de tiempo o redimensionando el espacio**). También, es preciso dar paso a la documentación reflexiva de los testimonios y las vivencias de los mismos deportistas en términos de la **hiperestesia** que *provoca* y la **sinestesia** que *convoca* su disciplina. Temas que, por razones del tiempo asignado, no se abordarán aquí.

Pero ¿qué queremos decir cuando hablamos del deporte?, la palabra –que ha merecido que la Academia de la lengua española realice una reciente enmienda para la 23ª edición de su Diccionario- muestra lo que parece una triple acepción de cuño histórico: la 1ª y más antigua, connotando *destierro (deportare)*; la 2ª y todavía mediando entre lo muy antiguo y lo actual, significando una actividad de *descanso y reposo*; pero la 3ª, como verbo pronominal tan ancestral como presente, refiriendo al *divertirse* y al *recrearse* en esta forma subjuntiva por demás elocuente y que, por cierto, implica una *variedad amena* de lo deportivo y -no menos- la *creación lúdica* (más en los terrenos de todo arte por devengar otro sobrentendido en la conocida muletilla “por deporte” que usamos cuando algo nos representa ya el *gusto personal desinteresado*).

Bien sabido es que el deporte supone ejercicio, ese *actuar hacia fuera (exerceo)* que dinamiza nuestra existencia y que pende de una capacidad de liberación de índole espiritual (*ascesis*) como disciplina y logro de una virtud: Esta *ascesis* no podríamos dejarla fuera de la agenda del atleta ya que por razón suya es que cobra sentido aspirar a una *competencia leal* y no sólo al *triunfo* sino expresamente a la conquista última de una *gloria*.

Pues bien, los esfuerzos de quien se ejercita constituyen una suerte de ofrenda, un homenaje y, por supuesto, un adiestramiento expiatorio cuando el sometimiento a los respectivos trabajos (graves y hasta peligrosos) le ponen en condiciones de abnegación, pero también -y al mismo tiempo- en circunstancias de *inspiración*; en

efecto el atleta no es un obediente ciego (su *ejercicio* no es de tropa ni de milicia, no tiende a servir a un *ejército* –pese a este origen histórico aceptado-) sino un actor de *hazañas*, de acciones valerosas, en fin, *proezas* (y de allí que como resabio de esa fuente bélica se considere el caso extremo de la competencia nacional donde queda en prenda la posibilidad de *derrotar* a un enemigo, o bien, de conseguir una *victoria patria*).

Esto lo sabemos porque todo deportista ha de pasar por sacrificios, reconocibles por todos porque se entiende al atleta (al respecto recuérdese que *Atlas*, quien sostenía en sus hombros la bóveda celeste, a su vez representaba el *compendio* de la geografía del mundo, esto es, a todos los hombres) como *competidor* en unos juegos públicos que harán visibles las mortificaciones invertidas en las sesiones de entrenamiento. Pero es aquí donde aparece la contrariedad de los dos sentidos de la competencia –uno más bien antiguo y otro más bien moderno–: este último que nos pone frente a la corrupción del deporte ya que se especifica como *disputa* y *contienda*; al modo de una oposición o rivalidad de los que aspiran a la misma cosa; y para lo cual no debemos ignorar el fuerte y actual sentido *empresarial*). El otro significado, el antiguo –y en más de un sentido recuperable–, define a la competencia como *incumbencia* y *obligación* – donde *incumbir* es exactamente “estar a cargo”–, tener la suficiente pericia y aptitud para intervenir en un asunto, gozando de la autoridad necesaria para la resolución. Esto, como se puede adivinar esta más cerca de un deportista atlético que de un idolatrado jugador.

En el caso del ídolo deportivo notemos que si no obtiene un triunfo, lo suyo se asumirá como *derrota*, como *ruptura de algo insostenible* (de hecho como se logra observar, muy pocos saben sobrellevarla –es más, nadie la soporta– y lo que se estila es en su caso una larga simulación hasta que los ánimos pasan); esto es el equivalente a la fuga de los soldados vencidos pues en efecto, nada ampara a quien sufre por este concepto pues *vencer* supone una escalada que *rinde*, *sujeta*, *reduce* y acaba por llevar a su expresión más diminuta al derrotado.

Pero muy otra cosa sería si, reposicionando la noción de triunfo como ventaja obtenida que llega a ser aclamada y es causa de alegría (porque, como aún lo hacemos, la victoria “se canta”), resarcimos con ello al adversario, toda vez el triunfo es la conquista de un éxito, o sea, la muestra de una manera de adquirir superioridad, una *salida* que debería resultar aceptable para todos porque constituye una forma de logro que beneficia a quienes practican tal deporte en la medida que formula un estilo para su obtención (el trofeo no es, por ello mismo, el despojo del rival sino una meta común; en este sentido toda victoria es compartida o bien, no sin el valor de la participación se gana). En la antigua Roma, el triunfo era la entrada solemne en la ciudad de un general vencedor con su ejército, y el testimonio estético de su logro lo

simbolizaba un *arco* que conmemora al caudillo en una composición alegórica de su virtud.

Es por esto que el que individuo o equipo perdedor lo que sufre es la enajenación de sus esfuerzos (capitalizados por quien los *ganó* para su causa), pero no necesariamente resiente su destrucción (a menos que, como hemos sugerido, se le contemple como un ídolo). El que gana cosecha sólo su deseo cumplido, no otra cosa; su avidez y hasta su codicia no le agencian -en el hecho mismo de su triunfo- aumentar su caudal pero sí la captación de las voluntades, *ganar es tomar la plaza* de los ánimos aficionados. Que a resultas de esto, y según los estándares actuales, esto le devengue al deportista un mejor sueldo (y a sus seguidores mejores condiciones de acceso y expectación) es otra cuestión, fuera de las premisas del presente trabajo.

Entonces, ¿cuáles son los móviles para practicar un deporte?, ¿a qué se pudieran reducir todos los afanes del que se ejercita y compite o del que entrena y se bate únicamente contra sí?; a nuestro modo de entender radican el *aprecio* y la *inspiración* atléticas en un fondo espiritual que entre nosotros se llama, tan sencillamente, con la palabra *ganas*.

El término, hasta los eruditos de la Academia lo admiten, carece de acepción -y acaso de etimología conocida-; es el caso de un brote verbal concebido para recordarnos los bríos más recónditos en la insobornable capacidad que el deportista tiene de “sacar fuerzas de flaqueza”. El jugador es ese que le “echa *ganas*”, que atiza el alma, que extrae de sus vivencias los excedentes con los que acometerá la hazaña, un espíritu indómito capaz de sobrepasar las reglas como todo artista de genio estableciendo el nuevo registro de su interpretación y legándonos sus empeños.

Son gusto y voluntad inexplicables cuando en plural se expresa las *ganas*, pero, cosa curiosa, en singular ya denota enfriamiento voluble y hastío racional. Las *ganas* convidan e instan emocionadamente, por ellas es que hasta el deportista que ha perdido lo que admite en su derrota es la rendición de sus *ganas*, es decir que, aunque las hubo de interponer, siempre habría podido “echarle más *ganas*”. Es más, a quien el resultado de una competencia (que siempre es cuantitativo, no lo olvidemos) le fuera adverso, pese a las *ganas* que abonó, nada obsta para que su desempeño le granjee mejor memoria y reconocimiento entre los asistentes, por encima del efectivo vencedor.

Lo que las *ganas* muestran es una lucha espiritual, que inclusive cabe ser examinada religiosamente. Pueden verse 1 *Cor.* 9, 2-27 y otros pasajes bíblicos:

2. Sobre lo inmolado a los *ídolos*. 10...el que ara, en *esperanza* debe arar...16 Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de *gloria*, es más bien un deber que me *incumbe*...17...es una *misión* que se me ha confiado...18...entregándolo *gratuitamente*...19...para *ganar* a los que más pueda. 24 ¿No saben que en las carreras del estadio todos corren, mas uno solo recibe el premio?... 25 *Los atletas se privan de todo*... 26 Así pues, yo corro, no como a la ventura, y ejerzo el pugilato, no como dando golpes en el vacío, 27 sino que golpeo mi cuerpo y lo esclavizo; no sea que, habiendo proclamado a los demás, resulto yo mismo *descalificado*.

Sabiduría 5:16 Recibirán ...de mano del Señor la *corona* real del *honor* y la diadema de la *hermosura*

Filipenses 3:13 Yo, hermanos...una cosa hago: olvido lo que dejé atrás y me lanzo a lo que está por delante, 14 *corriendo hacia la meta*, para alcanzar el premio a que Dios me llama desde lo alto

Lucas 9:62 Le dijo Jesús: "*Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios.*"

2ª Timoteo 4:7 He competido en la noble *competición*, he llegado a la *meta* en la carrera, he conservado la *fe*. 8 Y desde ahora me aguarda la corona de la justicia que aquel Día me entregara el Señor, el justo Juez; y no solamente a mí, sino también *a todos los que hayan esperado con amor su Manifestación*.

Hebreos 12:1 ...también nosotros, *teniendo en torno nuestro tan gran nube de testigos*, sacudamos todo lastre y pecado que nos asedia, y *corramos con fortaleza la prueba*

El propio cardenal Ratzinger (hoy papa Benedicto XVI) afirmaba en 2004 sobre el fútbol, que este constituía un: "...deseo de una vida paradisíaca", que "...el juego se presenta como una especie de regreso al hogar primero... escapatoria [aquí sí *derrota*] de la existencia cotidiana, con su dureza esclavizante".

Y concluía diciendo, palabras que hacemos nuestras para terminar dejando abierto el tema, que todo esto nos presenta el ejercicio de la libertad humana "...porque la libertad del hombre se alimenta también de reglas..." ya que "...un mundo que vibra con el juego... podría mostrarnos una nueva forma de entender la vida".

El deporte no sólo requiere del llamado *tiempo libre* para practicarlo, sino que instaura un tiempo de libertad y convivencia en observancia de normas para todos, educando nuestra capacidad de sacrificio ya que también es un baluarte en la custodia de la belleza y su gloria sobrehumanas.